

PERSONALIDAD, TIEMPO Y EDUCACIÓN

Dr. Jorge Silva Merino
Vicerrector Administrativo de la Unifé

En la personalidad humana el tiempo astronómico (de los relojes) ejerce importantísima influencia, pues, al considerar el tiempo en minutos, horas, años, siglos y milenios, descubrimos que este tiempo estandariza nuestra existencia desde el nacimiento hasta la muerte. Es evidente que este modo de dividir al tiempo sirve a la humanidad como un factor común de unión.

El tiempo desde el punto de vista vivencial; es decir, entendiéndolo subjetivamente influye poderosamente en la personalidad humana. Se suele, por esta razón, producir verdaderos conflictos entre individuos y aún entre pueblos cuando los hombres, en función del tiempo vivencial, reaccionan frente al tiempo astronómico. En virtud a esta división del tiempo se diferencian seres de distintas latitudes. Para citar un ejemplo, el hombre alemán y el latino.

En el tiempo, la personalidad humana se desenvuelve como un lienzo, tratando de llegar a un nivel armonioso en medio de las dificultades que encuentra. El tiempo es factor esencial en el desarrollo de la personalidad: el niño, por ejemplo, carente de socialización no puede, de pronto, desplegar ninguna de las eventuales estructuras de la personalidad que requieren de tiempo para su aprendizaje. Sus necesidades dependientes están completamente ligadas a sus demandas inmediatas. Con el tiempo tiene lugar una disminución de sus inclinaciones egoístas y un crecimiento y extensión de los sen-

timientos referidos a los demás.

El factor emocional le da nombre propio al tiempo vivencial y es determinante de la longitud de éste. Hay sentimientos que prolongan el tiempo y otros que lo contraen. El miedo, la angustia y el dolor estiran el tiempo; el gozo, la alegría, el amor y el entusiasmo lo contraen.

El interés acorta el tiempo y la desgana psíquica lo alarga. Sin embargo, la falta de interés es provocada muchas veces por inapetencia interna, y, otras, por la monotonía del contenido exterior excitante. Esta es una distinción que como maestros debemos tener claramente precisada para obtener éxito en nuestras relaciones con los alumnos.

Hay otra relación entre el tiempo y la personalidad. Unos viven el tiempo como una continuidad y otros lo viven en forma aislada, como argollas de una cadena. Los epicúreos, por ejemplo, cada momento placentero lo viven como una eternidad. En el hombre de acción, la voluntad y el placer atomizan el tiempo. Este tipo de hombre vive como una eternidad el momento de una realización. Hay otro tipo de hombre que vive el tiempo en función de la razón, la que le hace percibir lo que permanece en el cambio; esto es el núcleo de la personalidad. En esto que permanece, se encuentran los valores de la personalidad que son en sí mismos intemporales. El hombre heleno representa este tipo de personalidad.

En la identificación consigo mismo se descubre lo que permanece en el cambio. Esta identificación en el tiempo se expresa en la fidelidad, agradecimiento y veracidad; convierte al hombre en el único animal capaz de hacer promesas y cumplirlas.

La juventud vive inmersa en la vida rutinaria y común. El empleo de la voluntad por la voluntad misma obscurece su inteligencia y frena su corazón y no deja descubrir el núcleo de la personalidad. Sólo los hombres maduros como Machado (citado por Roura y Parela en su libro *Tema y variaciones de la personalidad*), por ejemplo, alcanzan a ver algo que se aleja de la destrucción; algo que fundamenta la actitud positiva y de protección a la creación.

El anhelo y la vocación por el ideal personal tienden a procurar la unidad armoniosa de la personalidad y su proyección para fortalecerla en su relación con los demás.

El crecimiento de la estructura de la personalidad de niños y adolescentes, en mucho, dependerá del medio circundante, especialmente de la acción orientadora de padres y maestros. Las normas y valores establecidos por la sociedad se constituyen en los factores que pueden cambiar e influir considerablemente en la personalidad del niño y del adolescente, siempre que padres y maestros hayan evidenciado, con su comportamiento, que han internalizado esas normas y valores.

Sólo en la participación activa en el amor, en la entrega y en el enfrentamiento a las resistencias negativas del mundo, se perfilará, poco a poco, el ideal personal. El ideal personal deriva, en parte, de las lecciones verbalizadas y sistemáticas de los adultos que forman y rodean el mundo del niño y del adolescente (hogar, escuela, comunidad).

El ideal personal no siempre está cerca en la juventud. La naturaleza muchas veces juega con la debilidad de nuestro ser, y es entonces que deviene la angustia y el descontento. Se empieza a dudar hasta de la magnitud de nuestras aspiraciones. El maestro y los padres son los mejores guías y orientadores, para disipar dudas y marcar horizontes.

El malestar, los sentimientos de orgullo y de vergüenza, que dan lugar a la timidez y a la frustración, en más de una vez, provienen necesariamente de la idea o juicio negativo que un individuo se hace de los demás.

Siguiendo a Heráclito podemos decir: sólo cuando las variadas conductas se ven enlazadas por algo constante, por un núcleo esencial, que tenga vinculación con un sentido espiritual de la personalidad, entonces no se cae en el escepticismo de no poder conocerse a sí mismo. Sin embargo, el conocimiento de nosotros mismos dista de ser algo acabado; en este esfuerzo resulta indispensable una epistemología del conocimiento de sí mismo.

La concepción cristiana de San Agustín parte de la presencia real de Dios en el hombre y ésta es la condición necesaria para nuestro recto entender y de nuestro que-

rer. De este modo, quien se niega a sí mismo, estaría negando a Dios, pues, para el hombre cristiano, la experiencia interior le revela como una criatura privilegiada y espiritual, en que la presencia de Dios aparece como centro del núcleo esencial de su personalidad, origen y estímulo, guía y orientación de su actividad.

Tanto el orgulloso como el hombre maduro mantienen una distancia respecto a las demás personas, pero esta distancia no tiene la misma explicación, es decir, que esta distancia es diametralmente opuesta en cuanto a su fundamento. Mientras el hombre maduro tiene un sentido de la distancia basado en el respeto a la personalidad ajena, el orgulloso mantiene la distancia por su tendencia a la segregación y al apartamiento. Cuando el ser humano se compara con el Absoluto descubre su sí mismo, pero se da cuenta que este sí mismo es pequeñísimo, insignificante. Una frase de Machado es muy alusiva al respecto: "Por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más allá que el de ser hombre".

En la formación de sí mismo, dos factores fundamentales van a ejercer su influencia. De un lado, la herencia que limita las posibilidades y de otro, las condiciones ambientales que van a determinar los rasgos personales. En el centro de estos factores podemos colocar al factor maduración, fuerza moral que encauza, frena y canaliza la personalidad.

En la formación de la personalidad, desde la perspectiva de una educación católica hay que tener en cuenta lo expresado por Juan Pablo II y sus antecesores: "Los principios inmutables sobre los

que se cimenta la pedagogía católica de siempre, expresados por Jesucristo, son la necesidad de educar al hombre conforme a su fin sobrenatural, las ideas doctrinales que lo sustentan, la identidad de los agentes educativos e instituciones docentes, los valores trascendentes, humanos y culturales que, universalmente han cimentado la pedagogía católica" (citado por Angela del Valle en su libro *La pedagogía de inspiración católica*, p. 243).

En el centro de la personalidad que el niño y el adolescente deben aprender a descubrir a través del tiempo, con ayuda de padres y maestros, se descubren e incuban los valores y principios cristianos que conducen al hombre hasta la luz de la verdad como decían los Padres de la Iglesia; esa verdad es el fundamento de la dignidad y libertad del hombre.

El pensamiento de Juan Pablo II nos invita a renovar en nuestro tiempo, los fines y metas pedagógicos para reformularlos sin alejarse de la fidelidad a la idea de la dignidad del hombre, imagen de Dios. El ser hombre en Cristo constituye —repite Juan Pablo II— la meta, la clave, el ideal y, a la vez, una posibilidad para la persona humana" (Ob. Cit. pág. 244).

Estas ideas se complementan y esclarecen con lo que encontramos en el documento final de "APARECIDA", publicado por la Conferencia Episcopal Peruana (V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe - Brasil) y que textualmente dice en la página 211: "Los niños son don y signo de la presencia de Dios en nuestro mundo por su capacidad de acep-

tar con sencillez el mensaje evangélico”.

REFERENCIAS

Allport, Gardon (1986). *La personalidad, su configuración y desarrollo*. Barcelona - España: Editorial Herder.

Conferencia Episcopal Peruana (2007). *APARECIDA*, documento final de la V Conferencia Episcopal de América Latina y el Caribe. Lima: Asociación Hijas de San Pablo.

Valle, Angela del (2000). *Peda-*

gogía de inspiración católica. Barcelona - España: Editorial Síntesis, S. A.

Roura y Parela, Juan (1985). *Tema y variaciones de la personalidad*.